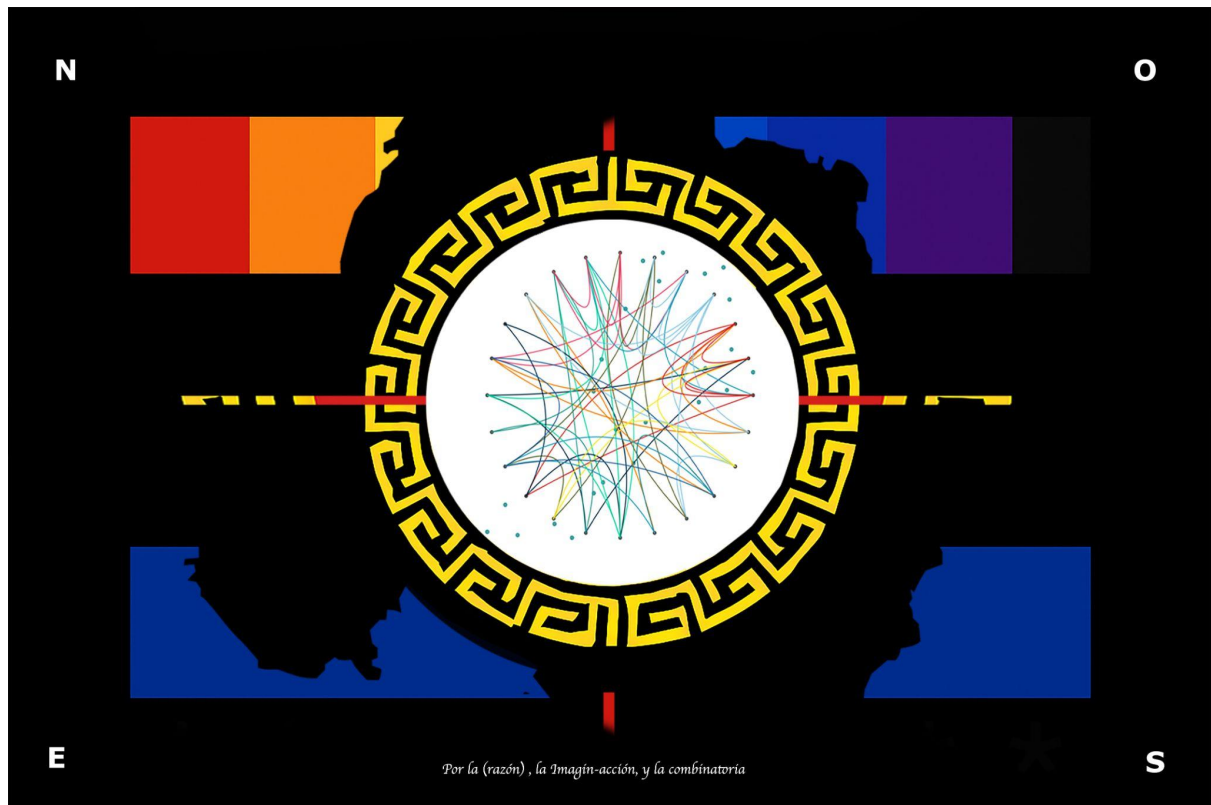


Tocar para hablar: sonido, territorio y post-ancestralidad frente a los imperialismos

Hacia TmaqT: la maquinaria de tejer y ser tejido



Los imperialismos contemporáneos ya no se imponen únicamente con ejércitos o fronteras. Operan a través de infraestructuras invisibles: plataformas, algoritmos, economías extractivas de datos, narrativas globales que aplanan la diferencia. Hoy, el poder no solo ocupa territorios: define cómo se siente el mundo, ya no necesitan banderas. Estos imperialismos van configurando sensibilidades. La guerra ya no siempre se escucha como explosión: se oye como zumbido constante, como latencia, como ruido de fondo que normaliza el colapso.

En este escenario: marcado por guerras, desplazamientos, colapsos ecológicos y una aceleración que no deja lugar al cuerpo, la pregunta no es solo política, sino sensorial: ¿desde dónde todavía es posible hablar sin repetir la lengua del imperio?

Mi punto de partida no es la palabra, ni la imagen, ni el texto, sino el tacto y un contacto con la realidad contextual.

El sonido entendido no como música ni como producto cultural, sino como forma de habla que emerge de este contacto. Un sonido que no se ejecuta, sino que se genera al tocar una superficie, una tela, un material sensible. Tocar no como gesto utilitario, **sino como acto de relación con un territorio.**

Porque tocar es una manera de situarse.

Y situarse, hoy, es un gesto político.

En muchas cosmologías indígenas amazónicas, como en el pueblo Shipibo-Konibo, el canto no es una representación del mundo, sino una inscripción viva: caminos que se cantan, diseños que se recorren, sonidos que ordenan el espacio. El canto no describe el territorio: lo activa, lo sostiene, lo reescribe. No hay una separación estricta entre voz, cuerpo, superficie y memoria.

Sin embargo, no vivimos en un tiempo de continuidad ancestral. Vivimos después de la ruptura y mucho después. Por eso propongo pensar en una condición de **post-ancestralidad: no como recuperación romántica del pasado, sino como un campo de tensiones donde el cuerpo conserva memorias sensoriales, incluso cuando los sistemas simbólicos han sido fragmentados o colonizados.**

En este contexto, el acto de tocar una tela, es decir un tejido como sistema para generar sonido, puede pensarse como una forma de proto-escritura. No una escritura alfabética ni informacional, sino una inscripción temporal, inestable, situada. Un escribir que no fija, sino que deja huella mientras ocurre. El sonido aparece entonces como habla, pero no como discurso: como traza, como resto, como vibración que testimonia una relación, un contexto, una situación.

Aquí es donde la tecnología, y en particular la inteligencia artificial, debe ser desplazada de su imaginario dominante. No como herramienta de control,

predicción o eficiencia, sino como sistema capaz de sostener la memoria temporal. Una IA que no clasifica ni traduce el gesto humano a categorías cerradas, sino que responde a su historia, a su trayectoria, a su modo de acontecer.

No se trata de que la máquina “hable por” lo ancestral. Se trata de que escuche de otro modo.

Frente a un orden geopolítico que abstrae, acelera y extrae, insistir en el sonido como resultado del tocar es una forma de resistencia menor pero radical. Es afirmar que el cuerpo sigue siendo un lugar de conocimiento. Que el territorio no es solo una extensión de tierra, sino una superficie sensible. Que todavía es posible generar sentido sin pasar por la lógica del dominio ni de la representación.

Este no es un proyecto para “sanar” el mundo ni para ofrecer soluciones al desastre global. Es, en todo caso, un consuelo activo: un espacio donde el sonido acompaña, recuerda y responde sin imponer. Un habla que no conquista, que no traduce, que no captura.

En tiempos de imperialismos que hablan demasiado, tocar para que el sonido hable es una forma de volver a situarse.

Y quizás empezar a escribir e inscribirse desde otro lugar.